



Con ese letrero en fondo rosa y esta figurita de papel con la “f” es como se veía esta página cuando llegué a ella — no como visitante, sino como titular del dominio — allá por los principios del siglo XXI.

Sabía que estaba heredando una página cuyo primer titular había dejado constancia, ante notario y estampada con su firma, de su deseo de que se conservase sin que ello fuese, sin embargo, impedimento para que el o los sucesivos legatarios hicieran uso de su libre albedrío para, sin borrar lo que contuvo en sus orígenes, continuar trabajando sobre ella e ir añadiendo lo que les pareciese oportuno o, para mayor precisión, acorde con los tiempos en que a cada uno de los sucesivos... — no sé cuál pueda ser la palabra más adecuada, ¿”usuarios”, “titulares”, “propietarios”? — les tocase vivir y reflejándolos, como no podía ser de otra manera, como los viera con sus propios ojos o los padeciese en sus propias carnes.

Y porque lo sabía y había aceptado las condiciones — que bien pude, es verdad, contratar un dominio distinto, con otro nombre, el que yo hubiese querido, y haberme evitado así problemas pero, he ahí paradójicamente el principal problema, el nombre que quería era exactamente ese — y contaba de antemano con que me encontraría con contenidos de lo más variado, y muy posiblemente en la mayoría de las ocasiones anticuado y sin el menor interés ya ni para mí ni para mis coetáneos, fue por lo que no me interesé por indagar adónde conducía la [manecita](#) que aparecía cada vez que colocaba el cursor sobre el letrero ([arriba](#)) un tanto descolorido de bienvenida.

Evidentemente nunca pudo ser Valentina, la que yo conocía, quien contratase el dominio ni el alojamiento habida cuenta de que aquella había muerto en 1952; pero quien sí los contrató tuvo el buen cuidado de hacerse también con los “punto com” y “punto net”¹.

¹Sólo los dominios, que son en ambos casos — o al menos así es como los he visto cada vez que he sentido curiosidad por visitarlos — eso que creo que se llama parking y lleva un pequeño texto, una presentación, pero que no lleva enlaces a ninguna parte.

Y por eso, porque ese era el nombre que yo quise para mi página web desde que me empezó a rondar por la cabeza la idea de tener una página web, es por lo que me quedé con ella — del mismo modo en que uno adquiere cualquier cachivache o artículo tan sólo porque se encapricha o por simple sentimiento romántico — aun a sabiendas de que no iba a servirme para nada práctico o, no al menos, para darle la utilidad que en mi imaginación le tenía destinada pero, eso también, sin sospechar que en injusta² reciprocidad a lo que después de tanta ilusión como pusiera yo en mi empeño ya no le daría, ella, generosa (o vengativa), me iba a dar a cambio [tantos quebraderos de cabeza](#) como no voy a enumerar aquí no por no aburrir [al eventual lector](#)³ sino por evitar que los confunda (y porque eso ya sí estaría siendo responsabilidad en parte mía) con estos [otros quebraderos](#) que para nada son míos excepto para proporcionarme uno nuevo ya que, cuando me los encontré no sabría decir cómo ni cuándo, me llevé la ingrata sorpresa de reparar en que a diferencia de los otros archivos que me había ido encontrando hasta la fecha estos no figuraban en la barra de direcciones precedidos de las consabidas tres uves dobles seguidas de valentina-lujan (y el “es”, claro) sino que, a continuación de las uves, lo que se veía y sigue viéndose es valentinalujan, todo seguido, causándome, como vengo de apuntar, un nuevo quebradero y más cuando para mayor desconcierto se lee que “el auténtico diario de alguien de verdad, de carne y hueso, es de Bernardina y no de ella”, que qué “ella” ni qué Bernardina ni qué nada ni nadie a que o a quien poder yo localizar cuando, por añadidura, me resultaba poco menos que imposible dar con la punta del hilo del ovillo que pudiera llevarme hasta el archivo del que este de los quebraderos provenía.

² Y digo bien, “injusta” porque me parece en verdad y el tiempo vendrá a darme la razón que su respuesta fue desmedida.

³ que si ha llegado hasta aquí sus motivos habrá tenido o, caso de no tenerlos, sus errores habrá cometido y en consecuencia y buena lógica sólo me quedaría recordarle aun sin ánimo de sermonear que, habida cuenta de que los seres humanos y a diferencia de todos los demás seres de la Creación somos dueños de nuestros actos, no sería yo el que estuviera obligado a velar por su paz espiritual ni por su bienestar y, en consecuencia, no le quedaría más remedio que leer hasta empaparse bien de los tales quebraderos o, de no querer tal cosa, apagar el ordenador y “si te he visto no me acuerdo”.